

SCHIAVON

M. MAGALLANE) MOUR



QUE ES AMOR

QUÉ ES AMOR

Es propiedad legal.

M. MAGALLANES MOURE

QUÉ ES AMOR

Las muchas aguas no
podrán apagar el amor,
ni lo ahogarán los ríos.

SALOMON.

El Cantar de los Cantares
Cap. 8, Vers. 7.

No digas: de esta agua
no beberé.

Proverbio popular.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

FACETAS, poesías, 1902. (Agotada)

MATICES, poesías, 1903. (Agotada)

LA JORNADA, poesías, 1910.

LA BATALLA, LLUVIA DE PRIMAVERA,
teatro 1912.

EN PREPARACION

LA CASA JUNTO AL MAR, poemas.



Habría yo querido poner el nombre de usted en la dedicatoria de este pequeño libro sentimental. Pero, ¿cómo hacerlo, si ignoro el nombre de usted, amiga mía?...?

M. Magallanes Moura

QUÉ ES AMOR

“**A**NTONIO y Pacomio tuvieron apariciones que es necesario no tomar como tentaciones... La hija de Satán no se manifestó a ellos encarnada, sino únicamente en estado de fantasma. Los textos son formales acerca de este punto.»

Leía ella con voz arrastrada, sin inflexiones, y las palabras fluían de sus labios como un hilo de agua que no se rompe.

—«No es un sér real como en la historia de Efrén, de Policarpo, de Serapio, o de los innumerables solitarios que vieron venir hacia ellos a la tentadora.»

Echado sobre la mesa atestada de papeles, seguía él las líneas con la pluma, tarjando letras y palabras, haciendo signos y llamadas, demorándose a veces en intercalar una frase completa que el cajista pasó por alto. Entonces el hilo parlante cortábase de pronto y el ruido interior de las máquinas se derramaba en el silencio del cuartito. Hasta que la lectura recomenzaba

y volvía la pluma a correr sobre las líneas impresas.

No hacía mucho tiempo que Antonio trabajaba con la hija del regente en la corrección de pruebas. Antes tenía de ayudante a un muchachito tímido y dócil, tanto, que jamás puso mal gesto a las observaciones de Antonio o a las reprimendas del regente, hombre que, aunque aparentaba ante su clientela una dulzura empalagosa, aparecía lleno de brusquedades y exigencias en sus relaciones con los empleados. Contento estaba Antonio con aquel muchacho; pero, desgraciadamente, una pulmonía se lo llevó en menos de una semana. Fué entonces cuando don Enrique decidió que su hija Paulina ayudara a Antonio en la monótona labor.

Al principio, el cambio de compañero produjo un hondo malestar en el ánimo del corrector de pruebas. Se sentía molesto, cohibido, en presencia de esos ojos tranquilos, de esos labios gruesos, a ratos estriados de finas arrugas y a ratos lisos, suaves, húmedos. Le incomodaba la vista de esos cabellos negros y abundantes, de esas manos regordetas, de ese corpiño ajustado y sin adornos, de esas faldas largas y opresoras, demasiado largas para la edad de Paulina, pero no tanto que alcanzasen a ocultar unas botitas de alta caña y gasta-

dos tacones. Molestábale la presencia de todo aquello, no porque fuera desagradable de mirar, sino porque tales detalles formaban un conjunto temible para su espíritu apocado: porque todo eso constituía una mujer.

Tener una mujer frente a él, verla día a día, trabajar con ella en aquel encierro, hablarla, oírla a cada momento, parecíale un suplicio insoportable. Bien sabía él que Paulina, por su aspecto y sus modales, más parecía un muchacho que una niña. Pero con todo, eso de pasarse las horas en compañía de una mujer, le encogía el ánimo, como una mala expectativa.

En Paulina no hizo efecto alguno la nueva ocupación. Desde pequeña habíase acostumbrado al roce con los empleados de la imprenta. Los hombres tratábanla como a un camarada y ella fraternizaba con todos, afanándose en el trabajo. Su alma se había moldeado en aquel medio, y su figura no era sino el trasunto de su alma. Vivía como ignorante de su sexo, ajena a esos pudores caprichosos de las muchachas, que no suelen ser sino llamamientos a la malicia, señales disimuladas para atraer la atención de los hombres. Era una mujer porque mujer había nacido; pero no tenía intención femenina, no sabía ser mujer.

«La Imprenta Católica» pasaba por una época de mucho movimiento. Como la impresión de obras religiosas—y era la especialidad de la casa—no diera mucho qué hacer, por la escasez de encargos, don Enrique había hecho propuestas para la edición de una obra del Ministerio de Hacienda, un larguísimo informe sobre el Salitre, muy adornado de apéndices, notas y documentos. Obtuvo la aceptación de tal propuesta y se empeñó en terminar pronto la numerosa tirada.

La utilidad del negocio sería buena, pero era menester un gran esfuerzo de actividad para salir a tiempo con la edición. Antes de que se concluyera Octubre—y ya era pasada la primera quincena,— la obra debería ser entregada.

Se trabajaba, pues, febrilmente. Como los empleados no dieran abasto, hubo necesidad de contratar otros. Desde las primeras horas de la mañana hasta el comienzo de la noche, los talleres trepidaban sin cesar. No tenían descanso las máquinas ni los hombres. Un sonoro zumbir de

rodajes llenaba la imprenta constantemente, alto rumor al cual se mezclaba a veces la voz de don Enrique, gritando órdenes o lanzando reprimendas. Todo era movimiento en el interior. Corrían las poleas en busca de los ejes, giraban las ruedás dentadas calzando sus engranajes; los brazos de acero subían y bajaban cadenciosamente; avanzaba el papel hasta colocarse bajo las formas y los pliegos impresos, húmedos y olientes a aceite, se abatían con suavidad unos sobre otros, formando montones que crecían con rapidez.

Esta actividad inusitada no llegó, sin embargo, al retirado cuartito de la corrección de pruebas. Entre los empleados recién contratados contábanse dos correctores, los que fueron encargados de atender el trabajo extraordinario que demandaba la impresión de la obra ministerial.

Antonio y Paulina quedaron relativamente tranquilos en medio de aquella ardorosa labor.

La impresión desagradable que en un principio causara a Antonio la presencia de la niña, había ido desapareciendo poco a poco. Se habituaba a la compañía de Paulina y hasta se atrevía a mirarla furtivamente. La rodeaba primero con los ojos y luego, ya un poco más confiado, posaba breves instantes su mirada sobre aquel

rostro sin belleza, pero lleno de suavidad. Una vez, sin embargo, al levantar la vista del papel impreso, su mirada se entró por los ojos de ella, que también lo miraba. Fué un calofrío lo que experimentó Antonio, una sensación que le replegó el alma a lo más hondo, como se encoge la antena del caracol al más ligero contacto.

Ahora, entre las eternas páginas religiosas—publicaciones católicas, vidas de santos, folletos místicos, libros de oraciones—había algo que ponía en aquel cúmulo de producciones monótonas y graves una nota nueva, interesante. Eran las pruebas de una revista literaria que, aunque redactada por jóvenes conservadores, de la Academia de San Ignacio, solía deslizar en sus columnas algunos articulillos con vistas a la vida exterior, algunos versos ingenuamente amorosos, algún cuento con olor de humanidad.

La voz blanca de Paulina se coloraba a veces, adquiría inflecciones, acentuando algunas frases; interpretaba, en fin, con modulaciones que no poseía antes, los diferentes pasajes de la lectura. Antonio, por su parte, no atendía casi a la hoja impresa por oír lo que decían aquellos labios gruesos, humedecidos continuamente, como en un saborear de las palabras.

III

El plazo para la entrega de la edición oficial tocaba a su fin. La actividad en la imprenta adquiría, pues, mayor pujanza. Los operarios, sudorosos, hacían su trabajo en silencio, las máquinas forzaban su marcha y en los talleres el aire recalentado por la labor prolongada, y porque ya la primavera echaba sobre la ciudad las primeras ondas de calor, era fuerte, enervante.

Desde que les fuera encomendada la corrección de pruebas de aquella revista literaria, Antonio y Paulina se empeñaban en despachar rápidamente las páginas religiosas, como si esa incesante repetición de frases terribles y quejumbrosas les produjera fastidio.

—Veinte páginas del «Camino Recto para llegar al Cielo». ¿Quiere que veamos esto primero?

Antonio preguntaba:

—¿Y qué más?

—Un pliego de la revista.

—Despachemos el «Camino Recto»—decía Antonio con su voz de sacristán—y en seguida veremos la revista.

Paulina leía precipitadamente, sin esperar a que Antonio concluyera de hacer sus garabatos.

Terminaron en un momento las veinte páginas del libro místico.

—Ahora la revista.

Se acomodaron en sus asientos, como disponiéndose a recibir y gustar mejor aquel goce.

Estaban frente a frente, separados por la angosta cubierta de la mesa.

Paulina tomó los originales de la revista, los puso ante sí, e igual cosa hizo Antonio con el pliego impreso. Y comenzó la lectura.

Era un artículo algo soso acerca de la moralidad en el teatro, que el autor exigía a los dramaturgos como condición indispensable para hacer obra duradera.

La voz de Paulina, lenta y cálida al principio, empezó a hacerse rápida nuevamente. Aquello no correspondía a su expectativa.

En seguida vino un cuento traducido del francés, y luego unos versos del italiano.

—«Qué es amor?»

Era el título de la composición.

La voz de Paulina tembló un poco al decir esto. Antonio se inclinó sobre la mesa.

Seguían los versos, musicales y profundos:

Caras vírgenes:

Qué es amor, cómo logra sus palmas
preguntáis afanosas y en serio...

Ah! el tirano señor de las almas
es misterio, es misterio, es misterio.

Paulina calló, mientras Antonio hacía una corrección al margen. Hubo necesidad de volver a leer la estrofa. Y cuando volvía a leer, la voz de Paulina se cortó de pronto. Su pie, desasosegado, inquieto, acababa de tropezar con el de Antonio, suavemente, en blando roce, que le produjo un desmayo interior.

Se miraron. Los ojos de la muchacha se posaron sobre los del hombre, tranquilos, con un creciente fulgor, muy al fondo. El bajó los suyos, turbado. Le temblaba la barba imperceptiblemente.

Paulina continuó:

Cual relámpago
en el pecho que altivo lo impetra
raudo cae sus senos turbando;
o, ratero avisado, penetra
muy callando, callando, callando.

La voz volvió a enmudecer. Leía ella ahora para sí, removiendo apenas los labios. Antonio esperaba, con la pluma clavada

en el papel y sin atreverse a levantar la vista. En sus sienes comenzó a aparecer el serpenteo de dos venillas. Al fin, cuando se resolvió a mirar, encontró los ojos de Paulina fijos en él.

Aunque no hizo el menor movimiento, tuvo la sensación de que se echaba atrás, para no caer a un abismo. La niña sonreía. Era una sonrisa forzada, casi un gesto de dolor. Su mano regordeta avanzó, arrastrándose sobre el papel, y fué a oprimir de lleno la de Antonio.

Siempre mirándose a los ojos, ella sonriendo con dolor, él con la expresión de un hipnotizado, fueron alargando los cuellos hasta que sus bocas se juntaron en un beso desfallecedor, en un largo beso que les puso una nube en la vista y un placer infinito en todo su sér.

Cuando pasó aquel vértigo, la voz de don Enrique, entre el complicado estruendo de las máquinas, gritaba furiosamente.



AÑO NUEVO

AL salir de la Moneda, después de haber dado término a la escasa labor de aquel día, último del año, Daniel Prado echó una mirada al reloj del Ministerio de Guerra.

Las tres y tres cuartos.

Tenía, pues, toda la tarde libre.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir?

Antes de llegar a la esquina se resolvió: tomaría un tranvía e iría a ver a Marta. ¡Ah, la agradable expectativa! Llegaría a la hora de «once» y estaría con ella hasta el anochecer. Después se iría a su casa, comería con su mujer y con sus pequeñas y ya no saldría, en espera del cañonazo de la media noche, anunciador del año nuevo.

Pasaba una «góndola», agitando alegremente al viento sus cortinillas de lona y, sin cuidarse de hacer señas al conductor para que disminuyera el andar, dió con agilidad un salto y se trepó al tranvía. El

sol bañaba la calle de muro a muro, haciendo rebrillar los adoquines pulidos por el tráfico. Un enorme ramo de flores blancas se desmayaba a los pies de una conocida imagen de la Concepción que alza al cielo sus ojos tras de una reja, a poca altura del suelo, en una entrante de cierta casa piadosa. A lo largo de los muros recalentados sucedíanse las ventanas, cerradas todas, oponiendo sus blancos postigos a la invasión de aquella luz demasiado viva, demasiado ardorosa.

Cerradas estaban también las ventanas de la casa de Marta, de modo que cuando Daniel entró a la salita en donde tenían costumbre de recibirlo, sus ojos deslumbrados por la claridad de afuera se anegaron en la penumbra. Pero él conocía bien la situación de los muebles en aquella simpática pieza y sin gran trabajo dió en seguida con el ancho sillón de su rincón preferido.

Pronto, a los reflejos de un delgado rayo de sol tendido a lo largo del zaguán, empezó a distinguir algunos objetos que le eran familiares: la mesita central, de estilo Luis XV, con la tarjetera de plaqué y la maceta de flores artificiales; la barnizada consola de los «bibelots»; los cuadros, las fotografías de marco dorado, cuyos vidrios copiaban, deformándolos, los geométricos dibujos en negro y rojo de las soleadas baldosas.

Luego, sintió aquellos pasos perezosos, sin prisa, cuyo lento rumor ponía el contento en su alma, y a poco apareció en la puerta la alta sombra de Marta, interceptando el rayo de sol.

Aun cuando ella sabía que Daniel estaba allí, quedóse un instante inmóvil, sin entrar, hurgando en la pieza oscurecida. El entonces fué hacia ella y le cogió la mano caída a lo largo de la falda, una mano suave, fresca, que se dejó aprisionar sin resistencia.

Ambos, sonreían con languidez.

—¿Está usted sola?

Tuvo él un movimiento de contrariedad al saber que doña Cristina estaba en casa.

—Sí,—insistió Marta—y no demora en venir.

Era una advertencia para que guardara circunspección. Se contentó, pues, con estrechar de nuevo la dócil mano y se fué a su rincón, mientras ella abría un poco la ventana del patio para que entrara más luz. ¡Les interesaba tanto guardar las apariencias! Como que en tal hipocresía fincaban sus expectativas de felicidad. Bien sabían ellos que doña Cristina sospechaba algo, que los espiaba a fin de confirmar tales sospechas y que, por lo mismo, érales necesario estar siempre alertas, no descuidarse ni un momento.

Marta se lo había dicho a Daniel muchas veces, en la deliciosa intimidad de sus apartes:

—¿Cree que me atemoriza la idea de que Juan de Dios llegue a saberlo? ¡No! Lo que me asusta es que lo sepa mi mamá.... No sabe usted cómo es ella.

Y él había concluído por pensar como Marta, al extremo de no importarle gran cosa el cometer algunas imprudencias ante el marido.

Ahora, después de saber que doña Cristina estaba en casa y que no tardaría en venir a acompañarlos, Daniel permanecía mudo, con los ojos fijos en el muro del frente. Marta, en cambio, hablaba, con intencionada seriedad, de cosas sin interés.

Se oyó un menudo correr por el zaguán y a poco hizo irrupción en la salita una pequeña criatura, que al cruzar el dintel tropezó y fué a caer de bruces en mitad de la habitación.

—Por Dios, mi hijita!

Con los brazos abiertos corrió Marta a levantar a la niña, que gimoteaba contentidamente, aun cuando no se había hecho daño alguno, y como Daniel avanzara también hacia ella, sus manos se encontraron, juntas estuvieron sus cabezas, cerca, muy cerca sus ojos y sus bocas: pero, aunque se miraron con amor, les faltó la resolución

para unir sus labios en un beso que ambos deseaban desde hacía mucho tiempo. El temor de que doña Cristina apareciera de pronto, los contuvo.

Daniel volvió a su rincón. Marta, en tanto, habíase quedado en cuclillas, ceñidos los muslos en la tirantez de la falda. Frente a ella, la pequeña alargaba la trompuda boquita, las manos atrás, levantado por delante al almidonado delantal, como una campana inmovilizada al voltear.

—Pobrecita, mi chinita, que se cayó.

Y se puso a besarla, a apretujarla con ardoroso empeño.

Daniel contemplaba a la madre y a la hija, y cosa curiosa, no se le ocurrió pensar siquiera que aquella criaturita de rubias guedejas y oscuros ojos era el testimonio vivo de que Marta pertenecía a otro hombre. La ternura de la joven madre lo ganaba y él también mimó con simpatía a la pequeña, como si hubiera sido algo suyo.

En aquel momento apareció doña Cristina, con los anteojos montados en la nariz y mirando por cima de los cristales.

—¿Qué pasa? ¿Se ha hecho algo la niña?

Daniel se adelantó para saludar.

—Ah, como está, Prado. No sabía que fuera usted.

Dejó la canastita de la labor sobre la mesa y se acercó a Marta, que había arras-

trado a la niña hacia el sofá, para sentarla en su falda y cubrirla de caricias. La pequeña seguía amurrada, como si se esforzara por mantener una situación ventajosa respecto de su madre, de su abuela y aun del mismo Daniel que, parte por inclinación propia, parte por halagar a Marta, dirigía desde su rincón cariñosas palabras a su amiguita.

Inclinándose sobre su nieta, doña Cristina le dió un sonoro beso en la mejilla, seguido de un profundo olfateo que hizo silbar su nariz oprimida por los lentes.

—¡Chiquilla bribona!

Cogió de nuevo la canastita y fué a sentarse a la luz, iniciando la conversación con Daniel, a la cual pronto se mezcló Marta.

Eran las mismas preguntas y respuestas de siempre:

—Su señora... ¿bien? Sus niñas.... Yo siempre muy enferma.... El corazón, usted sabe. Me han dado desvanecimientos. Y mi padre que murió de angina. Pero estas chiquillas no me creen, dicen que son nervios....

Hablaba moviendo acompasadamente el «crochet», deteniéndose a veces para considerar el tejido y hacer la cuenta de los puntos.

—No me creen, Prado....

—Pero mamá,—replicaba Marta sonriendo—cómo le vamos a creer si los médicos dicen que no tiene nada al corazón.

Entonces la señora bajaba las manos y mirando a Daniel por sobre los anteojos:

—Si no la conociera, creería que deseaba mi muerte. Es tanta la indiferencia....

—Mamá, por Dios; no diga eso.

Aquellos diálogos entre madre e hija surgían a menudo y colocaban en aprietos a Daniel, que no hallaba qué partido tomar, pues dar la razón a la una era provocar el descontento de la otra, y eso, bien se le alcanzaba a él que no era conveniente. Entonces ponía en juego toda su diplomacia para no aventurar una opinión en serio, y por último, cuando la discusión se enardecía, optaba por sonreír y callar.

—Ah, no saben ustedes la falta que hace una madre....

La señora Cristina se emocionaba fácilmente al hablar de sus dolencias, a tal punto, que sus ojos inquietos parpadeaban y se ponían acuosos.

Marta, libre ya de la pequeña, hacía guiños a Daniel.

—Tan enferma que está y sin embargo no toma los remedios que le receta el doctor....

Una mañana en que doña Cristina se lamentaba del mal estado de su salud,

Daniel le preguntó si había tomado las píldoras de sesqui-bromuro de hierro que le indicara el médico.

—Todos los días, Prado; todos los días.... Y ahora, antes que se me olvide, voy a tomarlas.

Estaban en la pieza de costura, contigua al dormitorio de la señora. Daniel se propuso confirmar una sospecha que desde tiempo atrás le escarabajaba por dentro.... Observó desde el sitio en que estaba todos los movimientos de doña Cristina. La empecatada señora sacó del bolsillo un tintineante manajo de llaves, abrió con estruendo el cajón superior de la cómoda, hundió la mano en su interior, como quien busca algo, volvió a cerrarlo y se encaminó a la mesita de noche. Cogió la botella del agua, echó un medio vaso y se lo bebió. En seguida, colocó el vaso boca abajo sobre la botella. Daniel sonreía desde su observatorio: era como él sospechara. Doña Cristina había simulado a las mil maravillas el acto de tomar las píldoras, sólo que olvidó el movimiento de llevárselas a la boca. Al día siguiente, en un momento en que se halló a solas con Marta, le refirió Daniel lo que había observado. La bella mujer rió con él, diciendo:

—Que me cuenta.... Si siempre ha sido así mi mamá. ¿No ve que se hace la enfer-

ma para que la tengamos regalona? Lo más gracioso es que Juan de Dios le cree.... ¡Pobre Juan de Dios!

Desde entonces Marta hacía alusiones al descubrimiento de Daniel, en sus diálogos con doña Cristina, con el regocijado propósito de poner en apuros a su amigo. La señora, sin imaginar que la habían sorprendido, protestaba exageradamente:

—¡Que sabes, tú, tonta! Ya quisiera yo tener toda la plata que los médicos me han hecho gastar en remedios.... Tendría para comprarme un palacio de tres pisos.

Juan de Dios

II

Cuando concluyeron de tomar el té, Marta propuso pasar al salón. El sol declinaba ya y abriendo los balcones podrían tomar un poco de aire fresco.

—A usted, mamá, le hace daño el calor. Además, que veremos pasar la gente. ¿Quiere que vayamos?

Sin esperar la respuesta de doña Cristina, Marta salió del comedor, fingiendo la expresión más indiferente del mundo. Su alto cuerpo perezoso tenía al andar lánguidas inflexiones. Un instante se detuvo en el pasadizo, frente a la puerta, con las manos cogidas por detrás, echado afuera el ceñido busto incitante, levantada la pequeña cabeza, los sombreados ojos verdes mirando a lo alto, la boquita roja deformándose continuamente en un delicioso juego. Al pasar había atrapado un terrón de azúcar y ahora se entretenía en darle vueltas en la boca, dejando asomar a veces entre el vermellón de los labios llenos y tersos una punta de la blanca golosina.

Luego, como doña Cristina no hiciera ademán de levantarse, exclamó sin dejar de mirar al cielo:

—Diría que es un aeroplano....

El efecto de la sencilla frase fué excelente. La buena señora se levantó de prisa y fué a mirar. Daniel salió tras ella. Pero en ese instante Marta, aparentando desconsuelo, decía:

—¡Qué tonta soy! ¡Si era un pájaro!

Y echó a andar hacia el salón.

Cuando Daniel y doña Cristina llegaron a la vasta pieza, Marta había abierto ya los balcones. La anaranjada luz del sol bañaba la parte superior de los edificios del frente, armonizando con la sombra azulada, de corte arquitectónico, que le servía de límite. El salón se llenaba de reflejos dorados.

Doña Cristina acercó una poltrona al balcón y se instaló allí, a un lado, para ver sin ser vista de fuera. Daniel, contra todos sus deseos, se hundió en el sofá del rincón; pero Marta consideró tal vez que era aquel un exceso de prudencia, pues no tardó en llamarlo:

—Venga al balcón.... Aquí se puede respirar.

Había vuelto doña Cristina a coger el tejido, afanándose de nuevo en la labor.

Levantóse Daniel en el momento mismo en que se acercaba un ronco zumbido por entre el cual volaba el ahogado vocear de

una campana. Entre el rumor complejo de la calle y el leve temblar de los vidrios pasó la grande y alargada sombra azul de un tranvía eléctrico cuajado de pasajeros, cuyas siluetas, en la rapidez de la marcha, se alargaban en bandas horizontales.

Echó Marta una mirada a doña Cristina y dijo brevemente a Daniel:

—Aprovechemos este ruido.

Y luego, fijando en él sus ojos acariciadores:

—¿Siempre quiere usted que le crea?

—Siempre, Marta. No tiene usted por qué dudar.

Cambiaron de conversación porque el tranvía acababa de detenerse en la cercana esquina, y podía oírles doña Cristina.

—¡Qué mundo de gente!

—Como que todos quisieran concluir el año paseando....

Un silencio, y después:

—¿Qué prefiere, usted, Prado: la pascua o el año nuevo?

—El año nuevo, señora.

—¿Por qué? ¡Es tan linda la pascua!

—Porque Noel ya no me trae aguinaldos y el año nuevo, en cambio....

—¿Le trae?

—Esperanzas, por lo menos.

—Pero.... ¿qué puede esperar usted, que ya no tenga?

—Ah! Tantas cosas....

Doña Cristina intervino, sin levantar los ojos de la labor:

—Los hombres, no se satisfacen nunca.

—Pero señora: ¿quién no espera algo más de lo que ya tiene?

—Yo, Prado, que ya no espero nada, ni siquiera salud.

Marta sonrió a Daniel, haciéndole un gesto malicioso.

—¿Cómo sabe usted, mamá, si el año que viene....

—Me entierran ¿no es eso?

—Oh! Ya no se puede hablar con usted.

Se aproximaba otro tranvía y mientras la señora refunfuñaba desde su poltrona, reanudaron ellos su diálogo íntimo, en el que, si mucho decían las palabras, más decían aún las miradas y las sonrisas.

—¿Me cree? ¡Dígame que me cree!

—Son tan malos ustedes....

—Pídame pruebas.

—¿Pruebas?—Se quedó ella con el mirar vago, como en un ensueño.—No, Daniel. Somos unos locos.

—¿Y tenemos la culpa de serlo?

En tanto que sus pupilas se movían rápidamente, siguiendo cada una de las ventanillas del tranvía, dijo ella con seriedad:

—Si fuese usted soltero.... acaso la locura fuera menor. Pero así, casado, con hijos...

Era una objeción que desconcertaba a Daniel y lo hacía enmudecer, circunstancia que ella aprovechaba para insistir, como deseosa de que él encontrara un argumento capaz de echar por tierra aquel escrúpulo.

—¿No me encuentra razón?

Sí; la encontraba razón, pero «sólo hasta cierto punto.» Si él fuera un truhán, un pícaro, uno de esos maridos que buscan el amor de la mujer ajena porque nunca sintieran cariño por la propia, justificada estaría la observación de Marta. Pero él no era así, ni el amor que sentía por ella era una consecuencia del desamor a su mujer. No; en la noble ingenuidad de su alma, Daniel se juraba que aquella su pasión por Marta, formada a lo largo de muchos meses de respetuosa amistad, no habría de amminorar en lo más mínimo la tierna estimación, el tranquilo afecto que le inspiraba Adela, su esposa. Sentíase capaz de amar a la una sin dejar de querer a la otra; consideraba estos dos cariños como dos arroyos que corren paralelamente, sin jamás confundir sus aguas, sin jamás apartarse demasiado, y que van a vaciarse en el mismo lago azul, sin hacer ruido, sin levantar escándalo, apenas con el murmullo reidor que produce una corriente al remover la quietud de una agua mansa. Ese lago azul era la felicidad, la apacible felicidad de

amar en sosiego y sin limitaciones a esas dos mujeres que él, considerándolas separadamente, comparaba con las dos partes en que un escultor amigo suyo dividió el molde de una figura para facilitar el vaciado; dos partes que, al ser ensambladas, dieron forma a una sola y hermosísima escultura. Como aquel escultor, Daniel unía en su imaginación a las dos mujeres y de la unión de ellas salía, perfecta y sublime, la encarnación de su ideal.

Comenzaba a oscurecer. Parpadearon los focos eléctricos colgados en ondeante rosario a lo largo de la calle; dentro de los blancos globos de cristal hubo aleteos de luz violeta, y de pronto, como una mirada que se fija, una claridad inmóvil descendió sobre la azulada penumbra de abajo.

También los tranvías encendieron sus lamparillas doradas y a su paso las sombras enlazadas de Daniel y de Marta se echaron a andar por el muro, cayeron sobre la alfombra roja del salón, pasaron irrespetuosamente por encima de doña Cristina,—que arrellanada en su poltrona dedicábase ahora a contemplar en silencio el tráfico de la calle— para aplastarse de nuevo en el otro lienzo del muro, quebrarse en las salientes arquitectónicas, correr en una fantástica fuga y disolverse por último en la blanca luz de la media cuadra.

Acodados en el balcón, se hablaban disimuladamente. Daniel había ido adelantando poco a poco su pie hasta tocar el de Marta, que no se alejó. La sombra del suelo era propicia. Fingían mirar con gran interés a un lado, como si viniera de allá algo extraordinario, y de repente, uno de ellos volvía la cabeza en la dirección contraria: sus miradas se encontraban, se quedaban breves instantes una sobre la otra, penetrándose hasta lo más hondo, al mismo tiempo que sus pies se oprimían con mayor fuerza.

—Pídame una prueba, si duda....

—Para que sea como en la pascua, que no hizo lo que le pedí.

—No, Marta: ahora no. Haré lo que me pida.

Ella sonrió flojamente.

—Fíjese bien.... Lo que le pida....

Contestó él con seriedad:

—Lo que me pida.

—Bueno. Que esta noche a las doce vaya usted a la Plaza de Armas y me busque y me dé el abrazo de año nuevo.

—¿Y si no la encuentro en el tumulto?

—Me hallará, es decir, yo lo hallaré a usted.

—¿Cómo?

—Fácilmente. Aguárdeme desde unos diez minutos antes de las doce en la parte

de la Plaza que enfrenta al Correo. Pasaré con Juan de Dios, me seguirá usted haciéndose el que no me ha visto, y cuando suene el cañonazo....

—¿La alcanzo?

—No, desharé la vuelta y nos encontraremos.... frente a frente.

La comida fué alegre, con esa alegría en calma de las personas que no se sienten estimuladas a ocultar por medio del alboroto la situación lamentable de su ánimo.

El servicio se hizo rápidamente. Adela había dado permiso a la servidumbre para que fuera al biógrafo y como la función comenzaba a las nueve, era menester que quedara desocupada pronto.

—Y nosotras, mamacita, ... ¿cuándo vamos al «góbiafo»?—preguntaba cándidamente una de las pequeñas, la morenita parecida a su madre, abriendo tamaños ojos.

—¿Cuándo, mamacita?—interrogaba a su vez la rubia, dirigiendo una mirada elocuente a Daniel.

—Mañana las llevará a la «matinée» un caballero.

—¿Qué caballero, mamá?

—Uno que es bueno con ustedes cuando se portan bien.

Y la niña de ojos azules seguía preguntando:

—¿El caballero de la «mamá grande», mamá?

Este caballero de la «mamá grande» era un personaje creado por la bondadosa madre de Adela para valerse de él en la educación de las pequeñas.

¿Había que reprenderlas por algo? Pues, era el caso de que la abuelita, con expresión de misterio y voz contenida, contara que en la calle, muy de mañana, al salir de la iglesia, se había encontrado con un caballero que le dijera más o menos: «He visto, señora, a sus nietas jugando al sol y sin ponerse el sombrero. Eso no está bien, porque «enfermarán y habrá que darles unos remedios muy malos.» Otras veces llegaba la pulcra anciana con un paquetito que, tras largo interrogar a las nenas, que contestaban como en sueños y sin despintar los ojos del pequeño envoltorio, entregaba a la mayor, a la rubia angelical. Abierto el paquete, con apresuramiento febril, aparecían dos rosados muñecos de celuloide con su correspondiente marca de fábrica, en relieve, sobre la nalga. Era un obsequio que les enviaba el caballero aquel, en premio de su buen comportamiento. ¡El buen caballero! ¡Qué respetable era todo lo que decía y cómo se afanaba en complacer a las buenas niñitas!

—¿El caballero de la «mamá grande», mamacita?

Adela sonreía y volvía hacia Daniel sus grandes ojos oscuros.

—¡Ah! ¡El papá!—apuntó la morenita, con el mirar iluminado.

—¡Sí, el papá, repetía la rubia saltando de contento.

—¡Sí, yo—declaraba Daniel contemplándolas con cariño.—Y ahora, a acostarse, para que mañana despierten temprano.

—¿Nos darás un beso esta noche, cuando suene el cañonazo? La mamá nos ha dicho...

Daniel tuvo que disimular el malestar que le produjo esta salida de las pequeñas.

—Sí, sí.

Y no pudo decir más.

Salió Adela con las niñas y él se quedó leyendo el diario de la tarde, procurando interesarse en las noticias de la política y en los cablegramas del extranjero, pero sin lograr apartar de su mente la idea algo confusa todavía de lo que iba a hacer más tarde.

Durante un momento su imaginación se dejó aprisionar por el novedoso relato que un corresponsal inglés hacía de un episodio de la guerra balcánica. Mas, al concluir el párrafo aquel, pesó de nuevo sobre su alma el impreciso malestar de poco antes. Entonces se levantó y se fué al dormitorio.

Ya Adela había acostado a las pequeñas y encendía ahora la lamparilla, colocada sobre el mármol del peinador, tras del jarro del agua, que servía de pantalla.

Ella le habló en voz baja:

—¿Te quedas un ratito aquí, mientras voy a despachar a las sirvientas?

Hizo él que sí con la cabeza y Adela salió en puntillas.

Daniel se acercó a las camitas de las pequeñas, oyó el acompasado y suave alentar de su respiración y se tendió en seguida sobre el ancho lecho matrimonial, entre las dormidas criaturas. Se quedó mirando el techo suavemente iluminado por la temblorosa luz de la lamparilla. Se puso a recordar punto por punto su visita de la tarde a Marta. Sentía un turbador placer al reproducir en su imaginación la deliciosa impresión que le causara el oprimir dentro de su mano afiebrada la mano blanda y fresca de su amiga. Con viveza de realidad volvía a sentir la sensación que tuvo cuando su pie aplastó con suave vigor el delicado pie de ella, como en un acto de posesión. Pasaron de nuevo ante sus ojos, conmoviendo su alma, las lentas miradas de aquellos ojos verdes, las acariciadoras sonrisas de aquellos labios breves y pulposos, que parecían pedir la golosina de un beso inacabable. Vió otra vez a la perezosa mujer erguida en

su alta estatura, las manos enlazadas por detrás, echado afuera el incitante busto, levantada la pequeña cabeza... Y el malestar indefinible que pesara sobre él un rato antes comenzó a diafanizarse, como bruma que el viento disipa. Acababa de decidirse: iría adonde Marta le había dicho que la esperara; dejaría por un momento a su mujer, a sus hijitas. «Al fin y al cabo, pensó, no se trata de abandonar a Adela, ni de quitarle una brizna del cariño que le he dado. Bueno es sacudir un poco los prejuicios, libertarse de esta tiranía, quebrar algunos anillos de esa cadena con que el vulgo se empeña en amarrarse.» Todo el conflicto residía en una cuestión de minutos más o menos. ¿Amaría él menos a su mujer porque en vez de darle un beso a las doce se lo daba a las once y media o a las doce y cuarto? Sonrió con gesto despreciativo, satisfecho del razonamiento. «¡Qué necia es la gente, Dios mío! Y luego, ¿es verdad que el año comienza al extinguirse el canto de la última campanada de las doce? Y para los que están en Europa... ¡Qué pamplinas!»

Se enderezó al sentir que entraba Adela, y yendo a su encuentro la rodeó el talle con el brazo y la besó en la boca.

—¿Te desocupaste ya?

Y ella, en una expiración:

—Ya....

—Vamos al salón entonces. Quiero oírte algo. El «Vals d'Amour» de Moszkowsky, ¿quieres?

Sentíase liviano, contento. Un poco más y habría hecho de buenas ganas una cabriola.

Se sentó junto al piano y abrió su alma a la cálida música del compositor ruso, que Adela interpretaba con apasionado estilo.

Por un fenómeno de evocación musical, bastante frecuente en él, aquel vals poníale siempre ante los ojos la visión de Emma Bovary, arrastrada por su compañero en un vértigo de rapidez y de sensualismo. Recordó las admirables frases de Flaubert: *«Ils commencèrent lentement, puis allèrent plus vite.»* Y luego: *«En passant auprès des portes, la robe d'Emma, par le bas, s'ériflait au pantalon: leurs jambes entraînent l'une dans l'autre; il baissait ses regards vers elle, elle levait les siens vers lui»*.... Se sabía el viviente trozo de memoria.

—¿Si tocaras algo de Grieg ahora?

Ella escogió «Le Jour de Noces» la alegre, la primaveral composición del blanco viejecito noruego. Veía él ahora desarrollarse a lo largo del camino orillado de árboles vestidos de hojas nuevas, el cortejo nupcial, encabezado por los entusiastas violines.

¡Ah, la sencilla felicidad de los enamorados aldeanos!

En el rostro de Adela se translucía también el frescor que aquella música sana ponía en su espíritu. Se iluminaban sus ojos oscuros y una alada sonrisa pasó por la gracia de su boca ligeramente entreabierta. Los movimientos de su busto flexible ritmaban con el danzante compás de la tocata: sus manos expresivas aparecían unas veces nerviosamente enérgicas y otras veces tiernamente lánguidas; la ceñida falda moldeaba sus piernas y acusaba con delgados plieges la conmovedora cavidad del regazo. De tarde en tarde, cuando la ejecución lo permitía, una de sus manos abandonaba el teclado y con rápido ademán iba a echar hacia atrás un bucle de cabellos castaños empecinado en caer sobre su frente.

La noche transcurría de modo insensible para ambos: Adela, entregada al creciente placer de traducir en el piano la ternura de su alma de esposa enamorada; Daniel dichoso en la contemplación de aquella mujer que era suya, y en la evocación de la otra.... de la bella amiga que aprovechándose de la costumbre tradicional, le prometiera un abrazo dado a la faz de su marido y de todo el mundo.

Hubo un momento en que Adela, concluída la interpretación de un trozo de Schu-

mann, se quedó hojeando el álbum en la busca de otra composición.

Como Daniel permaneciera absorto en sus pensamientos, ella lo interrogó:

—¡Qué! ¿Tienes sueño?

Sonrió él alegremente:

—¿Sueño? ¡Cómo se te ocurre!

En ese instante, el reloj del comedor inició la sencilla melodía de su carillón y luego, de aquel armonioso prelude, se desprendieron lentas, leves, como gotas de luz en la penumbra, hasta once campanadas.

—¿Oyes?—exclamó ella.

—Sí, las once.

—¡Y yo que todavía no he puesto a calentar el agua! ¡A qué horas irá a estar el té!

Retiró las piezas de música, cerró el piano, ofreció a Daniel sus labios al pasar y salió diciendo:

—Voy y vuelvo....

Oyóse por un instante su liviano andar sobre el «parquet» del pasadizo y en seguida todo quedó en silencio...

Reclinado en su asiento, cruzados los brazos, puesta una pierna sobre la otra, balanceando el pie suavemente, Daniel buscaba la manera de salir sin despertar sospechas en su mujer. Ahora que estaba próximo a la acción, volvía a pesar sobre él ese vago malestar que experimentara momentos antes. Durante breves minutos

desistió de la idea de dejar a Adela sola en esos últimos instantes del año, que siempre los habían encontrado juntos. Su ánimo se encogía al pensar que iba a romper por primera vez la antigua y hermosa costumbre. Luego, aquello de abandonar la agradable quietud en que estaba, aquello de echarse a la calle y atravesar la ciudad....

Pasaron unos transeúntes apresurados y entre el rumorear de voces que con ellos iba, oyó Daniel que se alzaba un acento femenino:

—Ni por nada a la plaza. No quiero que todo el mundo me abrace....

No entendió más Daniel, pero al escuchar el hablar de los hombres que se alejaban, comprendió que ellos trataban de convencer a la dama de que debía acompañarlos.

Se quedó mirando los cerrados postigos, y otra vez surgió en su mente la imagen de Marta, que fijaba en él sus ojos verdes, que le sonreía con sus labios llenos y tersos, que con voz cariñosa le preguntaba:

—¿Siempre quiere que le crea?

Sacó el reloj, se quedó un instante contemplando la blanca esfera, junto a la cual oscilaba una minúscula medallita esmaltada de rojo con pequeños caracteres en círculo que decían: «Toujours», obsequio que Marta le hiciera una tarde que estu-

vieron solos en el salón hasta la hora en que se encienden las lámparas.

En seguida se levantó, resueltamente.

Encontró a Adela en el comedor, preparando la mesa para el té.

Apenas lo vió entrar, exclamó ella, en tono de broma:

—¿Vienes a apurar el té?

Sonrió Daniel, sin esfuerzo.

—No. Al contrario. Vengo a decirte que no lo sirvas todavía, porque voy a comprar unos dulces....

—La verdad es que no me acordé. Pero a esta hora.... Si apenas faltan veinticinco minutos para las doce.

Dijo ella esto último con expresión de súplica, con gesto regalón.

Entonces él se le acercó, siempre risueño, y sujetándole la cabeza con ambas manos puso su boca sobre la de ella en un beso largo, opresor, lleno de promesas.

—Voy a la Alameda y ya estoy de vuelta. Adela alcanzó a ponerse seria.

—Si no vuelves antes de las doce....

Y se quedó con los brazos caídos, mirando a la puerta por donde él acababa de salir.

IV

Breve espacio dudó Daniel entre salir o volver a entrar.

La noche era apacible. Miró al cielo y lo vió sembrado de estrellas temblorosas. Observó la calle taciturna. A la distancia danzaban las luces rojas de un carruaje sacudido en su marcha por los altibajos del pavimento. Bajo el farol de la media cuadra se iluminaron algunos trajes claros, que a poco se apagaron en la sombra. Luego un rumor de voces lejanas; luego, el prolongado canto de un vendedor.

Cerró la puerta con cuidado y echó a andar.

Tenía el tiempo necesario para llegar a la Plaza a la hora que Marta le indicó. Sin embargo, apresuró el paso inconscientemente, aspirando con fruición la fresca brisa que en ondas suaves descendía de la cordillera a la ciudad.

Encontró en su camino muchas casas desveladas en la espera del año; puertas a medio abrir, con charladoras comadres sentadas en el dintel y la luz redonda de un farolillo chinesco muy al fondo; pasadizos

alumbrados por una ancha faja de claridad salida de alguna puerta lateral; ventanas y zaguanes iluminados, y animándolo todo, ecos de voces regocijadas, girones de risas, rápidos gritos femeninos.

La alegría de los hogares despiertos hizo surgir en su mente, por contraste, el aspecto de su casa cerrada, oscura, silenciosa, tal como la vió al alejarse de ella, y esta evocación trajo a su espíritu una bruma de melancolía. Pensó en Adela.... Trató de recordar cómo habían pasado los dos esa misma noche el año anterior, y andando, andando siempre, reconstruyó con imágenes fragmentarias la plácida visión de aquella velada íntima, tan semejante a la que acababa de interrumpir con su brusca salida. ¡La serena dicha de aquella época feliz, tan cercana y tan distante a un tiempo mismo, en que su alma ignoraba todavía el conflicto de los sentimientos encontrados, en que los anhelos de su corazón iban todos de acuerdo, como las aguas de una tranquila corriente!

En la esquina de la Alameda hubo de pararse porque el tráfico de vehículos dificultaba la pasada. Miró a un lado y a otro, y fué deslumbrado por el resplandor hiriente de los fanales de un automóvil que corría hacia la Estación Central, apegado al suelo, como una gran cucaracha de ojos rutilantes.

Daniel atravesó la calzada y siguió por el centro de la avenida en dirección a la calle de Ahumada. Distraídamente recorrió con la vista los abigarrados grupos de ebrios grotescos, «chinas» enfloradas, repulidas provincianas, gentes del pueblo y del medio pelo que regresaban comentando los fuegos artificiales en alta voz o que iban a esperar al pie del Santa Lucía el disparo de las doce. El ir y venir de la muchedumbre había tendido sobre el paseo una nube de polvo en suspensión, que adquiría tornasolados reflejos al absorber la luz verdosa de los mecheros de gas, la claridad azulada de los focos eléctricos o el dorado fulgor de los farolillos de las ventas.

La calle de Ahumada se veía más angosta a causa de la afluencia de transeúntes. De la ancha puerta de un salón de biógrafo, iluminada a «giorno», desbordábase sobre la vía un torrente humano, por medio del cual, entre quites y estrujones, hubo Daniel de abrirse camino. Varias veces gritaron al pasar «¡adiós, Prado!» Era una comparsa de amigos, y para no verse obligado a seguir con ellos, apresuró el andar.

Rodaban las charoladas victorias al largo trote de los caballos relucientes y al viento ondeaban las plumas de las elegantes que iban en ellas: damas vistosas que, envueltas en la diafanidad de los trajes

claros, semejaban grandes flores. Huían los automóviles, y al deslizarse, unos lanzaban gritos extrangulados, semejantes a los roncos alaridos de los gallos, cuando se les coge por el pescuezo; trompeteaban otros estruendosamente, o atacaban las cuatro notas de una tocata de caza, y todos dejaban tras de sí el tufo cosquilleante de la bencina.

El espíritu inquieto de Daniel experimentó una impresión de ensanchamiento cuando se ofreció a su vista la Plaza de Armas, toda llena de luces y de animación. Era como un nutrido hormiguero polícromo que circulara lentamente en redor de un matorral. Al acercarse, advirtió que la concurrencia formaba dos círculos concéntricos, que daban vueltas en sentido inverso, como las girándolas de los fuegos de artificio. Un rumoreo constante, parecido al zumbar de las abejas en torno de las ramas floridas, se elevaba de aquella alborozada multitud, y por sobre este mareante zumbido, como hilos de oro en una obscura trama, relucían los incitantes motivos de una opereta en boga, tocada a todo viento por una numerosa banda de músicos.

Daniel sacó su reloj. Las once y tres cuartos. Había llegado a tiempo.

Se deslizó por la orilla del paseo, abriéndose paso por entre los mirones formados

en apretada columna bajo los árboles de la acera exterior, temeroso de que lo detuviera en su camino algún amigo demasiado afectuoso, detallando con ojo avizor el entrevero de elegantes mujeres en medio de las cuales andaría Marta, lujosa, distinguida, señorial, como una reina. Por entre los árboles, el reloj de la Intendencia mostró su disco colgado allá en lo alto, pálidamente iluminado, como una luna de teatro. Los punteros de sombra señalaban las once y tres cuartos. ¿Era que el tiempo no marchaba, entonces? Frente al Correo se detuvo colocándose junto al tronco de un árbol, en la penumbra. Su mirada se dió a explorar, con proligidad incansable, el ir y venir de los paseantes. Ligeramente empinado, levantada la barba, puso su vista allá donde desembocaba la corriente humana. Aparecían los grupos de ataviadas mujeres en un fluír incesante, en un borbotar de manantial, y el mirar de Daniel se prendía a esos grupos floridos, caminaba con ellos, los dejaba pasar para volver atrás cuando se convencía de que Marta no venía en ellos, los acompañaba más largo trecho cuando distinguía una pluma o un penacho de gasa que sobrepasaba el nivel de los demás. ¡Aquella era Marta! Bien se lo decía ese calofrío de emoción que le sacudía el alma. Pero la empinada pluma o la erguida gasa

se acercaban y caía entonces en la cuenta de que sus ojos y su alma lo habían engañado.

Miró el disco luminoso de la vieja torre. Las once y cincuenta y dos minutos. ¡Qué larga espera!

Crecía el zumbar de la muchedumbre, subían de tono las voces y las risas y como que era más ligero el desfilarse de las gentes. De vez en vez, llegaron hasta él trémulas ondas en que se mecía el ritmo lánguido de un vals suspirado por la banda de músicos.

Los rostros alegres, reidores, o sencillamente embobados de los paseantes empezaban a producir en el ánimo de Daniel el cosquilleo de una irritación. Pensó que aquellas muchachas superficiales y aquellos jóvenes de sastrería reían, reían, porque jamás conocieron la dicha severa del amor profundo, porque jamás sintieron la verdadera felicidad, esa que sólo es dada a los que mucho han padecido y que es algo así como el florecer del dolor. Miró con desprecio a esos profesionales del «flirt», que hacen un juego de lo que hay de más serio en la vida, y concluyó por compadecerlos a todos, hombres y mujeres, considerándolos incapaces de sentir una pasión tan intensa, tan de alma adentro como la que él sentía por Marta.

Había ido reduciendo poco a poco el campo de exploración de sus miradas, limi-

tándolo a un corto espacio, nada más que al trecho que tenía al frente. Los minutos se escurrían; a la tensión nerviosa de poco antes sucedíase en él un cansancio indefinible, rayano en la resignación. Entonces comenzó a hacer suposiciones: ¿Qué podía ser? ¿Estaría Marta enferma, acaso? Pero si él la había dejado tan contenta pocas horas antes, al anochecer.... ¿Se habría negado Juan de Dios a llevarla a la plaza? No; no era creíble tampoco, dado el dominio que la imperiosa voluntad de la bella mujer ejercía sobre aquel hombre apocado e indeciso. ¿Sería.... Volvió a empinarse y a mirar con ansiedad por sobre las cabezas de los paseantes, cuyo número cundía más y más, al extremo de que la circulación se hacía casi imposible. Miró a un lado, a otro: nada, nada.

Faltaban sólo cinco minutos para las doce. La música había cesado; comenzó a descender el tono del vocerío: la multitud pareció recogerse, como ante la expectativa de algo muy solemne.

De pronto ¡ah, qué dicha! Ella, por fin, la hermosa Marta, su amada Marta! Allá, entre el removerse de aquel grupo.....

Se echó a un lado para ver mejor; se inclinó, volvió a erguirse. Parecían complacerse las gentes en ocultarle aquella esbelta figura de mujer. No la veía ahora, no

podía verla tras de esa barrera humana alzada entre él y la fugitiva visión. Sus miradas echáronse a recorrer sin descanso, como perro que ha perdido su amo, todos los puntos por donde podía aparecer la entrevista silueta; pero su espiar fué vano.

Rápidamente alzó los ojos para mirar el reloj de la torre. Ya iban a juntarse los punteros en la línea de las doce. Tornó a explorar el sitio en donde creyó divisar a Marta, esta vez con mayor esperanza aún, y de improviso, cuando más absorto estaba en su observación, el estampido del cañonazo y el ¡ooh! prolongado de la muchedumbre le oprimieron el alma.

¡La amargura que experimentó en ese instante! ¡Cómo contrastaba su desamparada tristeza con el alborotar de las gentes, que se felicitaban a gritos, que se abrazaban riendo de alegría! ¡Con qué irónico burlar sonaron en sus oídos la bulliciosa alharaca de las campanas, los cantantes acordes de la música, los zumbones trompeteos de los «autos»! Hubiera querido huir de allí, echar a correr hacia su casa; pero algo pudo más que aquel impulso, y lo retuvo, y lo clavó en el sitio en que se hallaba, mientras se producía el desbande de la concurrencia: la esperanza, todavía la esperanza de encontrar a Marta, de verla, aun cuando fuera a la distancia....

Cuando se decidió ¡por fin! a irse, sólo quedaban en el paseo corrillos aislados, de los cuales partían risas y exclamaciones de júbilo.

Caminó con la cabeza erguida, fieramente, sin ceder el paso a nadie. Sentía crecer en su interior una irritación creciente contra Marta. Llegó a creer que la odiaba. ¡Ah, la embustera!

Siguió en medio de la rumoreante procesión que iba por la acera, como un náufrago que en la desesperación final se abandona a la corriente, y el espectáculo interior de su alma, hízolo desinteresarse por completo de lo que acontecía en torno de él, fuera de él. Con precisión admirable veía la imagen de Marta, que fijaba en los suyos sus ojos tranquilos, acariciadores, diciéndole:

—¿Siempre quiere que le crea?

Y a través de esta visión que exaltaba su despecho hasta la ira, borrosamente proyectábase el movimiento de las gentes, el correr de los tranvías atestados de pasajeros, la fuga de los carruajes floridos....

Ya en la Alameda, al mirar distraídamente la iluminada vitrina de una pastelería, recordó de pronto que había salido con el pretexto de comprar dulces, y volviendo sobre sus pasos, entró y compró lo que quisieron venderle.

Al internarse en el sosiego de su calle soñolienta, sintió que la punzante irritabilidad de su alma se ablandaba, languidecía, como una mano crispada por la pasión se distiende, se flexibiliza, se hace elástica para iniciar una caricia de gratitud. Se acordó de Adela, y el desmayo de su espíritu llegó hasta el enternecimiento.

Quedaban aun algunas casas despiertas, que le trajeron nuevamente la visión de su hogar cerrado, silencioso. Se atormentó, otra vez, imaginando la triste espera de su mujer, el dolor que ella debió experimentar cuando, tras el prelude del carillón, revolaron graves, lentas, las doce campanadas de la media noche. Era la primera vez que, después de ocho años de amor, la llegada del año los encontraba separados. Y él era el culpable....

Llegó ante la puerta de su casa. Antes de meter la llave en la cerradura, puso el oído: ni un rumor adentro, ni el murmullo de una voz. A la distancia, en cambio, se alzaba el confuso rodar de un carruaje y el columpiado eco de un canto de mujer.

Abrió cuidadosamente, a pesar de lo cual la puerta exhaló un débil gemido. Tenía la esperanza de hallar a Adela esperándolo todavía en el comedor. Se apretaron sus labios cuando se cercioró de que toda la casa dormía en la oscuridad.

Entró en puntillas al dormitorio. Adela se había acostado. A la temblorosa vislumbre de la lamparilla vió la mancha oscura de su cabeza sobre la almohada. ¿Dormía en realidad? Afinó el oído, y por más que hizo, no logró percibir el alentar de su respiración.

Dejó sobre una silla el paquete de los dulces, cuya envoltura crujió levemente al descansar sobre el mueble, y sin quitarse el sombrero siquiera, se sentó en el borde de la poltrona, a los pies del lecho matrimonial, fija la vista en la claridad de la pequeña lámpara, que aparecía tras del jarro del agua, como un abanico de luz.

Llegaba a sus oídos el ritmo alternado de la respiración de las criaturas, que dormían sosegadamente. Una chispa dorada trazó locos círculos sobre la lámpara y desapareció en seguida: era alguna mariposilla, que acaso concluyó por abrasarse en la llama.

Y como Daniel siguiera con los ojos clavados en el punto de donde brotaba la amarillenta claridad, un halo formado por haces de agujas luminosas, que avanzaban y retrocedían, fué estrechando su visión, que empezó a hacerse trémula. Al mismo tiempo, tuvo la sensación de que un riego misericordioso se extendía sobre la sequedad de su alma. Era que las lágrimas acudían por

fin a sus ojos, lágrimas que brotaron altivamente, fieramente, sin que las empequeñeciera la vulgaridad de un gesto o de una contracción.

En ese instante comprendió que comenzaba para él una vida nueva....



SOL DE ESTÍO

Las aguas hurtadas son
dulces y el pan comido
en oculto es suave.

SALOMON.

"Proverbio" Capítulo, 9, ver-
sículo 17.

AL entrar, advirtió Samuel que la antesala se hallaba cerrada, y esta observación bastó para que su mente volviera a concebir el plan tantas veces construído y tantas veces desbaratado por alguna insignificante circunstancia.

En la pieza de costura estaban las tres damas entregadas de lleno a la labor.

Le sonrieron con amabilidad, habituadas ya a considerarlo como a un miembro de la familia, y Julia, la niña, le acercó una silla baja, que era la que él prefería.

Comenzaba el verano a caldear la ciudad. El aire era sofocante y enervador.

Bostezó doña Clarisa, echando la cabeza hacia atrás y afirmando las manos sobre los muslos, bostezó María mirando de reojo a Samuel y colocándose una mano ante la boca; bostezó Julia, cantando el final de su bostezo, y bostezó Samuel disimuladamente. Se miraron, rieron, y la conversación surgió lánguida, perezosa.

—¿Va usted a la costa este año?

—Es casi seguro. ¡Les hace tanto bien a los niños!

—Feliz usted. Por lo que hace a nosotras, veranearemos en Santiago,—dijo María, sin levantar la vista de la labor.

—Es divertido el veraneo aquí,—repuso Samuel encendiendo un cigarrillo.—Si no fuera por Elisa, y sobre todo por los niños, preferiría no moverme tampoco de Santiago.

Se quedó mirando a María, que sonreía con gesto de incredulidad.

Aquella mujer le agradaba de una manera especial. No era una belleza, indudablemente; tenía la boca grande, la nariz corta y el cutis salpicado de pecas. Pero esa gran boca poseía una gracia muy sabrosa y al abrirse mostraba la fresca blancura de los dientes perfectos; pero esa naricilla daba a su fisonomía cierto aire picaresco que regocijaba; pero aquella tez sembrada de pecas, tenía una tersura, una suavidad verdaderamente deliciosas. Y luego, que los ojos de María eran grandes, oscuros, ojerosos, como los de las mujeres de Oriente. Con ser casada y madre, su cuerpo permanecía armonioso de líneas y flexible de movimientos, como el cuerpo de una mujercita soltera. En lo único que se advertían las consecuencias de la maternidad, era en el

seno, ancho, poderoso, que llenaba el corpiño hasta dejarlo sin un pliegue, sin una arruga.

Hacía poco más de un año que Samuel fuera por primera vez a esa casa, en visita de vecindad. Al principio, las relaciones se mantuvieron dentro de una cortesía estirada e indiferente. Ambas familias practicaban el juego social de las visitas recibidas y pagadas. Hasta que, atraído por la lenta seducción de María, concluyó por compartir su vida con aquellas amables gentes.

De este modo, al través de las tranquilas horas pasadas en la intimidad, fué desarrollándose en él, y sin que él mismo lo advirtiera, el afecto que ahora experimentaba por esa mujer que, antes de conocerla bien, lo heló con su recato de gran señora y que más tarde, sin dar motivo alguno para que Samuel modificara el respetuoso concepto en que la tenía, llegó a despertar en su espíritu esperanzas y aún deseos de amor.

La conversación seguía apacible, risueña. Doña Clarisa, con las gafas corridas hacia la punta de la nariz, inclinada sobre la labor y levantando a veces la cabeza para echar una mirada por encima de los cristales, recordaba en un interminable monólogo aquellos tiempos en que toda la familia hacía, verano a verano, el viaje en coche a Cartagena.

Samuel oía la voz de doña Clarisa, sin entender lo que decía, como quien escucha un murmullo lejano. Toda su atención estaba fija en María, que en ese momento quitaba los hilvanes a una costura y se llevaba los hilos a la boca, dejándolos prisioneros entre sus labios.

Con qué infinita ternura miraba él aquellos labios carnosos, movibles, continuamente humedecidos por una rápida aparición de la lengua....

El calor del patio bañado de sol pasaba al través de la madera recalentada de la puerta. Volvió a bostezar doña Clarisa y todos hicieron lo mismo. Rieron nuevamente, mirándose unos a otros.

—Por Dios, mamá, que nos va a contagiar con su flojera... exclamó María, irguiendo el busto en su asiento y montando una pierna sobre la otra.

La falda se le recogió al hacer este movimiento, y dejó al descubierto la pierna fina, cuyo contorno primoroso hacía resaltar la ceñida media negra.

Samuel se levantó. Dijo que se iba. Se había cruzado la chaqueta y sonreía desganadamente.

—¿A dónde va usted con este calor?

Con el sombrero en la mano, sin adelantar un pie, en actitud embarazada y deslucida, Samuel insistía en irse.

—Tengo que hacer en el centro.... a las tres.

Sacó el reloj. María miró el suyo, que lo llevaba prendido en el corpiño.

—Pero si son las dos, apenas.

Julia intervino.

—Se va a derretir en la calle. Siéntese, descanse otro rato.

Sin soltar el sombrero, Samuel se sentó nuevamente.

Ahora no sabía de qué hablar. Pero María le facilitó el camino, preguntándole si había ido al teatro.

Precisamente, la noche anterior había estado en el Santiago, en el estreno del Conde de Luxemburgo, por la compañía de opereta italiana.

Comenzó a alabar la música de la obra, sin atreverse a relatar el argumento.

—¿Y había mucha gente?

Era cuanto podía interesar a Julia. Para ella, no existía paseo hermoso sin bastante gente. Samuel se vió obligado a hacer grandes esfuerzos de memoria para recordar algunas de las familias asistentes a la representación.

—Estaban las Errázuriz.... las Ovalle.... las Izquierdo...las Fabres....

—¿Y las Claro?

—Nó. Las Claro, nó. Estaban las Fernández.... las Tagle....

No pudo complacer a Julia respecto a los trajes que llevaban esas niñas, porque jamás reparaba en ellos.

La falda de María continuaba recogida y la visión de la fina pierna le hacía daño, lo llenaba de turbación. Pensó en el plan que concibiera al entrar. Si al despedirse María lo acompañara hasta la salida, como lo hacía siempre, y pasaran por la antesala oscura....

Se levantó, resuelto.

—Lo compadezco.... Con este calor....—le decía doña Clarisa al verlo ir hacia ella.

Y ya después de darle la mano:

—Pero usted no tiene calor. Su mano está fresca, casi helada.

Murmuró Samuel algunas palabras, rió exageradamente y salió, precedido por María.

—Hay tanto sol en el patio que es mejor que pase usted por aquí—le dijo ella, indicándole con los ojos una puerta interior.

Atravesaron las piezas oscuras y frescas, con doradas filtraciones de sol en los postigos.

Samuel no sabía por donde iba. Sentía una sensación desagradable en el estómago y un hielo húmedo en las manos. Trataba de caminar más de prisa, quería alcanzar a María y no podía. Con una asombrosa agilidad mental se representaba las conse-

cuencias funestas o felices de lo que iba a hacer. Buscaba antecedentes en qué apoyar una resolución. Recordaba que una ocasión en que su mano rozó la mano de ella, ella no la retiró, ni siquiera manifestó contrariedad, y en un instante adicionó su cerebro todas las miradas, todas las sonrisas, todas las palabras de María que pudieran encerrar simpatía hacia él.

Súbitamente, su imaginación se detuvo; su pensamiento quedó en blanco.

Habían llegado a la antesala. María dió vueltas a la llave de la puerta de salida al zaguán.

Era un momento único.

Habló algo. Algo también le contestó ella, algo que él no entendió, que no oyó. Sólo vió la sonrisa de sus labios, una sonrisa lánguida, desmayada, que parecía un llamamiento. En ese instante se sintió desfallecer. Fué como si su sér se disolviera en torno de María. Avanzó con las pupilas dilatadas, sin ver nada de cuanto le rodeaba, y de pronto, cuando más flaqueaba su ánimo, una onda reconfortante circuló por todo su cuerpo. Los brazos de ella, redondos, suaves, subían deslizándose hasta su cuello, un cálido perfume lo envolvía, al mismo tiempo que contra su pecho se apretaba con fuerza la blanda turgencia de aquel seno anhelante.... Entonces, olvidán-

dose de todo, la cogió por la cintura y la besó largamente en los labios.

Luego se lanzó a la calle plena de sol, llevándose en el cerebro la penumbra de la antesala y en esa penumbra la visión de la apasionada mujer, sonriente, vencida por fin, con los ojos oscurecidos y el seno agitado, toda amor, toda ternura, en la actitud inolvidable en que la vió al salir.



LA DEFENSA

. . . y el amor, a mi entender, es dar, o, por lo menos, su esencia reside en el deseo de hacer el bien o de dar la felicidad . . .

RUSKIN.

"Los Pintores Modernos."

¿HABRÁ SIDO un infame?
 ¡Qué fácil es juzgar las acciones de los demás, así, a la distancia, sin examinar las causas que las determinaron! ¡Qué operación mental tan sencilla esa de decir: éste es un ladrón porque robó, aquel es un embustero porque mintió, ese es un asesino porque mató. ¡Ah! Si los jueces tuvieran la penetración necesaria para comprender el estado del alma de los criminales en el instante en que cometieron su crimen, ¡qué loca oscilación experimentaría su criterio antes de dictar una sentencia, qué desagradable vaivén movería su mano antes de firmarla!

Hay ocasiones en que se roba y no se es un ladrón, en que se mata y no se es un asesino...

Habrá sido el nuestro un crimen, pero por Dios, amigo mío, ni ella ni yo somos unos criminales. Hemos luchado contra el mal cuanto hemos podido: ella pidiendo

ayuda a Dios; yo, aferrándome al deber. Hemos resistido a las sollicitaciones de aquella voz constante y poderosa que nos llamaba a ambos, que nos decía que entráramos al deseado recinto, que entráramos, que allí estaríamos solos, protegidos por la sombra generosa... Hemos desoído esa voz mientras pudimos, mientras no se convirtió en un mandato imperativo, irresistible.

¡Tú no sabes todos los martirios, todos los desgarramientos, todas las tribulaciones que han lacerado mi alma en el combate librado por ella contra la tentación!

Dices que he sido un infame porque yo, hombre casado, me enamoré de una mujer también casada y no supe refrenar esta pasión que Dios y la ley condenan. ¡Qué fácil es decir todo eso! ¡Qué sencillo, amigo mío, es juzgar las acciones que otros cometen! Y qué difícil, qué horriblemente difícil es llegar a ser verdaderamente justos con los demás!

II

No necesito repetirte mis ideas acerca de la moral y del deber. Me conoces, sabes que soy un hombre honrado, y basta. Me duele, sin embargo, que no te hayas preguntado, antes de echarme encima el anatema, qué causas han obrado para que yo, el hombre recto y austero que has conocido, haya llegado a convertirse en eso que tú apellidas un infame.

Mi vida era tranquila ¡tan tranquila! Excento de grandes aspiraciones, amigo del orden y del reposo, mi felicidad la tenía encerrada en esta pequeña casa, no más extensa que mi ambición. Enamorado de mi mujer, de esta bondadosa Matilde, a quien nunca dejé de amar; dichoso con mis chicos, cuyo carácter es un reflejo del dulce carácter de su madre, aquí vivía sin cuidados ni afanes, alternando los plácidos goces del hogar con las satisfacciones del trabajo empeñoso y bien remunerado. Era la vida ideal, la vida soñada en mis tiempos de joven estudioso y meditador. Amor, alegría, y paz, mucha paz...

Sin embargo... advierte de qué manera tan apacible, tan suave, comienza a descender la desgracia sobre nosotros.

Un día, desde esa misma ventana que está allí, frente a la mesa en donde te escribo, noté gran movimiento en la casa de la esquina, una casa que nada tiene de extraordinario, igual a muchas casas de Santiago. Había permanecido deshabitada y con cartel de alquiler durante algunos meses y, la cosa más natural del mundo, llegaban ahora a ella vehículos cargados con muebles, señal de que ya íbamos a tener nuevos vecinos.

¿Quiénes eran esos nuevos vecinos?

Nunca me interesó lo que aconteciera fuera de mi casa, y sin sentir la más mínima curiosidad ante lo que acababa de ver, volví a mi mesa y me engolfé en la ideación de un proyecto de construcción cuya entrega me interesaba hacer pronto.

Ese mismo día, a la hora de comer, Matilde me dijo:

—¿Sabes que llegó gente a la casa de la esquina?

—Ah, sí... —le contesté pensando en otra cosa.—Hoy vi que traían muebles.

—¿Pero no sabes qué familia será?

Hice un gesto y sonreí, dándole a entender que cómo podría saberlo sin haber salido de casa en toda la tarde. Matilde

cayó en la cuenta de mi ignorancia y hablamos de otros asuntos.

Dos días después, durante el almuerzo, mi mujer me comunicó que la familia de la esquina era conocida de la suya.

—Es muy buena gente,—agregó—distinguida y de fortuna, y creo que deberíamos hacerle la visita de barrio cuanto antes.

—El domingo... ¿quieres?

Aunque no puedo considerarme un hombre excéptico—y menos lo era entonces—hay en mí una ciega resistencia a conocer nuevas personas. Matilde, que sabía esto, empeñábase en convencerme de que no estaba bien tal manera de pensar.

—La vida de sociedad es necesaria—me repetía cada vez que se le ofrecía la ocasión.—El aislamiento concluye por enfermar a los hombres que como tú trabajan el día entero. Hay que salir, distraerse, conversar con gentes que no sean las que vemos a diario, cambiar ideas....

La vida de sociedad... ¿Cómo confesarle mi concepto acerca de esa vida falsa, compleja, llena de laberintos y encrucijadas, como una tierra hostil? ¿Cómo hacerla partícipe de una desconfianza que acaso no era más que un prejuicio?

Accedí, pues, aunque de malas ganas, y fuimos a aquella visita estirada y solemne.

La familia se componía de cinco personas: la dueña de casa,—respetable viuda, cuya encanecida cabeza invitaba a regresar a otros tiempos y a restaurar con la imaginación una hermosura cuyos componentes, algo deslucidos por los años, estaban ahí, en ese rostro dulce y noble—y luego, una hija casada, triste y bella, el marido de ésta,—un señor muy sano, muy flamante, cuya conversación nos sirvió aquella tarde de aperitivo, pues versó acerca de algunas exquisitas viandas creadas últimamente por el *maître* del Club, y que él describió con pintoresco lenguaje, dándonos la triple sensación de su color, de su olor y de su sabor.—Además, dos muchachas parlanchinas y reidoras, que se movían en los asientos como si tuvieran deseos de que la visita terminara pronto. Ah! y dos niños, hijos de la casada.

¡La casada! Pobre mujer, tan buena, tan hermosa, y unida a ese hombre en cuyo espíritu parecían haberse anidado todas las ruindades, todas las groserías...

III

Mi proyecto de construcción estaba terminado. Para formar el presupuesto de gastos, operación en la cual no era yo muy diestro, por cuanto no me hallaba bien al tanto del valor de los materiales, hube de consultarme con un amigo, empleado en la Dirección de Obras Públicas.

Trabajábamos en su oficina de cuatro a cinco y en seguida regresaba yo a casa para aprovechar las últimas horas del día en poner mis cuentas en limpio.

Todas las tardes, pasaba, pues, frente a la casa de ella.

Digo «ella» y esta sencilla palabra me llena el alma de dulzura.

Todas las tardes estaba en la ventana, tras de los vidrios, mirando con aire distraído el ir y venir de los transeúntes, pálida, serena, con una sombra muy leve en la expresión de su noble rostro.

Una noche que me empeñaba en concluir un trabajo urgente, sentí voces en el salón, que es la pieza que queda bajo mi escritorio.—Luego, vino la sirvienta a

decirme que la familia de la esquina estaba en casa, de visita. Me molestó al principio la ocurrencia. Necesitaba terminar aquel trabajo y no era cosa de dejarlo para ir a hacer salutations y cumplidos allá abajo. Pero subió mi mujer y con voz sofocada por el apresuramiento me conjuró a ser amable con sus amigas. Y hube de acceder.

En el salón estaban la mamá, «ella» y una de las muchachas. Cuando entré, la señora y la niña hablaban a dúo con mi mujer. Sólo «ella» volvió hacia mí sus ojos admirables y me sonrió.

¿Aquella mirada? ¿Aquella sonrisa?

No, no. Nuestro amor no fué el amor fulminante de los cuentos. Y si ella esa noche me hubiera mirado y me hubiera sonreído con amor... es seguro que yo no me habría enamorado. Mi concepto del deber me lo hubiera impedido.

Ni fué esa noche, ni fué a la noche siguiente, ni fué... ¡Oh, no podría decir cuando! Fué esa noche y fué la otra y la otra, todas las noches que estuvimos juntos, todas las noches que nos hablamos, que nos sonreímos, que nos miramos, que nos llamamos... A lo largo de todas esas noches y después a lo largo de todos esos días, fué cuando nuestro amor se formó, creció; se desarrolló.

Así también, durante muchas noches y muchos días se forma el botón en la planta, crece, se desarrolla, hasta que viene un rayito de sol, un perdido soplo o un leve empuje de la savia y el botón se hace flor. De este modo floreció mi amor dormido, en un instante, en un segundo, en un relámpago de tiempo.

IV.

No creas que si me extiengo en estos detalles es para reforzar mi defensa, que es ¡ay! nuestra defensa.

La infamia, lo que tú llamas la infamia, no ha sido nuestra; ha sido de la vida, porque ella, sólo ella determinó echarnos al uno en brazos del otro.

Pronto la fría atmósfera que nos envolvía se fué entibiando. Empezábamos a conocernos. En sus conversaciones, muy delicadas, muy sencillas también, Irene me dejó entrever más de una vez la tristeza de su vida junto a ese hombre que no la comprendía, que no la estimaba; que ni siquiera sentía ya admiración por su belleza. Era una especie de hombre práctico, desprovisto en absoluto de sensibilidad, negado a toda emoción que no fuera la de hacer un buen negocio de bolsa, preocupado siempre de la oferta y de la demanda, sin otra aspiración que la de ganar mucho dinero. Uno de esos hombres, en fin, que, como el bruto de Esaú, son capaces de vender, no digo la primogenitura, hasta la honra,

hasta lo que un día amaron, por un puñado de billetes de nueve peniques...

Poco a poco la amistad fué tejiendo en torno mío y de Irene esas sutiles redes cuyo poder de resistencia no se advierte sino cuando llega el caso de desear romperlas.

Todos en la casa de Irene simpatizaban conmigo, todos me obsequiaban, todos me demostraban cariño. Llegué a ser uno más en la familia. Doña Carmen me pedía consejos sobre la administración de sus rentas; las muchachas sometían alegremente sus *flirts* a mi consideración; Carlos, el desgraciado aquel, me imponía de todo lo referente a sus negocios y a sus aventuras, y los pequeños me traían sus muñecos para que les colocara en su sitio un brazo o una pierna, y en ocasiones la cabeza. Hasta el gato «Michín» acudía junto a mí, y enarcando el lomo e irguiendo la cola escalofriada, restregaba contra mi pierna su piel negra y lustrosa, al mismo tiempo que abría y cerraba sus grandes ojos verdes, como en un lento parpadeo voluptuoso.

¿Que debí prever las consecuencias de tanta intimidad? ¡Qué fácil es, desde la altura, descubrir la dirección de un camino! Yo, que iba por él, no pude abarcarlo en su constante ondular, ni menos darme cuenta de que conducía a donde hemos llegado.

Cuando advertí el peligro, ya era tarde para conjurarlo....

Mi mujer, que siempre estaba de broma conmigo respecto a Irene—refiriéndose a su hermosura no cesaba de repetirme «¡cuidado!»—entró un día a mi escritorio y, aparentando una expresión de tranquilidad, que desmentía el tono grave de su voz, me dijo que era necesario que distanciara mis visitas a casa de Irene, porque ya en el barrio se comenzaba a murmurar de nuestra amistad.

Seguro de mi libertad de espíritu, quise hacer alarde de ella.

—¿Es decir que me creen enamorado de Irene?

Matilde no se atrevió a contestar, temerosa tal vez de molestarme.

—Pues nada más sencillo—continué—No iré más a esa casa y así todo habrá concluído.

¡La simplicidad de las resoluciones tomadas así, de primera intención!

Habrás de creerme si te digo que después de la terminante declaración que hice a mi mujer volví a engolfarme en mi trabajo con la mayor tranquilidad del mundo. Pienso ahora que esa tranquilidad me la dió una idea que, en el mismo instante en que expresé a mi mujer lo que te cuento, comenzó a germinar en lo más oscuro de

mi alma, como una semilla en la humedad de un subterráneo. Esa idea me hizo entrever la certeza de que me engañaba a mí mismo al declarar que no iría más a casa de Irene; esa idea me hizo vislumbrar la seguridad de que nada ni nadie podría ya separarnos. Te juro, sin embargo, que estaba resuelto a cumplir lo que me oyó Matilde.

Y lo cumplí por espacio de muchos días, durante los cuales pasé y volví a pasar por frente a la ventana de Irene, saludándola como siempre, con una larga mirada y una amable sonrisa.

Al principio, ella contestó mis saludos graciosamente y correspondió a mis miradas y sonrisas. Pero luego, a medida que pasaba el tiempo y yo no iba a verla, su expresión se modificó, se hizo grave, triste, como antes.

Una tarde, a mi regreso del «centro», la vi salir al balcón en el instante mismo en que enfrenté su casa. Estaba seria y un tanto pálida. No contestó mi saludo, sino que me llamó, con gesto algo imperioso.

Apoyando el busto entre los brazos cruzados sobre el antepecho del balcón, inclinó la cabeza hacia mí para hablarme:

—Discúlpeme que lo haya molestado, pero hace tantos días que espero y ya estoy creyendo que ha olvidado mi encargo...

Sonrió melancólicamente al decir esto último.

Me quedé confuso, sin acertar a comprender qué encargo podía ser ese.

Esforcé la memoria, y nada, ni el menor recuerdo. Ella seguía mirándome y sonriéndome con tristeza.

—Lo ha olvidado, ¿no es cierto? Y ahora que me hace tanta falta un bonito libro para distraerme por la noche... Ahora que tengo que trasnochar...

Entonces vine a recordar que hacía tiempo, mucho tiempo, le había ofrecido «El Lirio en el Valle», la conmovedora novela de Balzac.

—Excúseme, señora. He estado tan preocupado este tiempo...

—¿Más que yo? Imagínese que tengo a Carlitos enfermo, con fiebre, con tos. Parece pulmonía.

Hablaba con acento de angustia. Me refirió la enfermedad del niño, me pidió consejos y cuando hice ademán de despedirme me retuvo con estas palabras:

—Lo más triste para mí es encontrarme sola...

—Pero su mamá, las niñas...—le repuse.

—Ah! es cierto—exclamó en un suspiro.

Cuando llegué a casa le conté a Matilde lo de la enfermedad del niño. La noticia la impresionó. Hube de referirle todos los detalles que me diera Irene.

Mi mujer repetía a cada instante:

—¡Cómo estará de afligida!... ¡Pobre Irene! ¡Pobre Irene!

Después de comida, una vez que hubo acostado a los niños, subió Matilde a mi escritorio a proponerme que fuéramos a saber de Carlitos.

Antes de que yo abriera la boca para contestarle, amontonó argumentos sobre razones para convencerme de que debíamos ir. El patetismo de sus frases llegó a convencerme y concluí por suspirar, yo también, verdaderamente emocionado:

—Pobre Irene... Pobre Irene...

VI

Carlos no estaba en la casa. Ni siquiera había comido allí.

Matilde entró a la pieza del niño, en donde estaba Irene, y yo me quedé en la salita, con doña Carmen y una de las niñas. Advertíase en todo la consternación que una enfermedad grave introduce en un hogar afectivo. Se andaba en puntillas, se hablaba en voz baja, se hacían alertas los semblantes al eco de un rumor o al aparecer alguien. La buena señora inclinaba la cabeza blanca sobre el pecho y entrelazando las manos en la falda repetía entre suspiros:

—Pobre Irene... Pobre Irene...

Y Raquel, la muchacha alegre, la del eterno reír, murmuraba, tan seria que no se parecía a sí misma:

—¡Pobre Irene!

Pobre Irene, decíame yo también en lo más íntimo del alma. ¡Pobre madre, pobre mujer tan buena, tan bella, tan triste y tan desgraciada! Un dulce enternecimiento iba derramándose en mi interior; una onda de ternura casi voluptuosa bañaba mis

nervios, que se hacían delicados, sensibles hasta el espasmo. ¡Pobre Irene! Luego se me fué el alma en el torbellino de una idea que me elevó por sobre todas las mezquindades del mundo, y con toda la fuerza de mi mente pensé: «¡quien la hiciera feliz!»

Al día siguiente pasé por la mañana a saber del pequeño enfermo. La gravedad del mal seguía. No vi a Irene.

Volví a la tarde. Me encontré en la puerta con Carlos, que salía, el sombrero echado atrás, las manos en los bolsillos del pantalón, entre los dientes el habano cuya hebra de humo le hacía guiñar un ojo. Le pregunté por el niño.

—Va mejor, va mejor.

Y sacando una mano cargada de anillos y quitándose el cigarro de la boca:

—Las mujeres se alarman de todo y alarman a todos. Allá están, todas compungidas. Entre usted, éntre...

No sé por qué, la idea de entrar, invitado por él, me causó repulsión, y preferí no hacerlo.

En la noche fuimos con Matilde. Era cierto que había una reacción favorable en el enfermito, pero no tan decidida como para alejar la terrible inquietud.

A instancias de la señora Carmen entré un momento al dormitorio del niño.

La lamparilla colocada sobre la cómoda esparcía en el aposento una leve claridad, difusa como la luz espectral que alumbra nuestros sueños. No alcancé a avanzar, porque inmediatamente vi surgir ante mí la silueta de Irene. Instintivamente busqué su mano, que se unió a la mía en una larga presión. Sentí un placer tan vivo, tan agudo, como el que puede producir la más enloquecedora caricia. Borrosamente se aclaraba y se desvanecía ante mi vista la mancha pálida de su rostro en la penumbra, con las sombras circulares de sus ojos y la sombra pequeña de su boca. Luego, se desasieron nuestras manos y yo me quedé temblando, aturdido con el abombado golpear de mi corazón, cuyas palpitaciones me retumbaban en la cabeza.

VII

Después...

Podría terminar aquí, amigo mío, seguro de que el impulso que te hizo condenarme, condenarnos, se habrá trocado ya en un movimiento de piedad. Continúo, sin embargo, esta confesión que acaso conseguirá modificar tu inflexible criterio de moralista teórico.

Después...

Ya el enfermo estaba fuera de peligro y a la opresora angustia de antes había sucedido una alegría rayana en la beatitud. Los nervios se aflojaban, se distendían en el apacible júbilo de la tranquilidad al fin conquistada.

Yo seguía yendo a todas horas a la casa de Irene, unas veces con Matilde, otras veces solo, y cada vez era recibido con más cariño, con más alborozo. Y cuando por exceso de trabajo me pasaba un día sin ir, doña Carmen decíame sin que los demás oyeran:

—¿Por qué no vino ayer? Usted es el único que sabe distraer a Irene y ponerla alegre...

Yo me empeñaba en disuadir de su idea a la buena señora, pues me daba gran placer la insistencia con que ella me replicaba:

—Lo que le digo es cierto. Ah! si en vez de haberse casado con ese hombre tan....

No concluía la frase. No necesitaba terminarla. Todo estaba dicho.

Luego, aparecía Irene sonriente, con esa languidez de los seres que se embriagan aun cuando sea con un poco de dicha, como aquellas personas que, por lo mismo que nunca beben alcohol, se sienten en la gloria después de sorber unas cuantas gotas.

Aparecía Irene, más hermosa ahora que sufría menos, peinado en bandóes el abundante cabello castaño,--era, bien lo sabía ella, el peinado que a mí me agradaba—moldeado el delicioso cuerpo por el sencillo y elegante traje de casa, toda ella fresca, toda ella olorosa, como una flor.

Llegaba, entregaba su mano a la prolongada presión de la mía e iba a sentarse al frente de donde yo estaba. Así podíamos hablarnos y mirarnos a nuestro antojo.

A veces la turbulenta Raquel o la nerviosa Ema nos hacían bromas:

—Míralos, Ema, tan amiguitos que están.

—Ah, sí! Se entienden a las mil maravillas.

—Como si fueran.... ¡Dios mío! Iba a decir una barbaridad!—exclamaba Raquel lanzando una aguda carcajada.

—¡Qué tontas las chiquillas!—decía Irene con la cara jubilosa.

Sin embargo, una ocasión en que Ema se refirió a nosotros manifestando que parecíamos novios, Irene se puso seria y cayó en un melancólico meditar que le hizo por fin asomar lágrimas a los ojos. Llevándose la mano al rostro se levantó y salió de la pieza sin decir palabra. Nos quedamos silenciosos. Las muchachas se culpaban mutuamente de lo acontecido.

—Sabes que se pone nerviosa...

—Y tú...

—Yo no soy tan pesada como tú.

—Pero bien que la embromas también.

Salieron, por último, en su busca, pero volvieron sin ella.

—Está con el niño.

—Dice que ya viene...

Y llegó la hora de despedirme y ella no apareció.

¡Pobre Irene!—pensaba yo continuamente—¡quien la hiciera feliz!

Ah! Esta idea de que yo podría llevar a esa vida cansada y triste un poco de alivio, acaso un poco de dicha; esta idea, que todos se empeñaron en cultivar en mí hasta que lograron hacerla arraigar; esta idea, que

tan exactamente corresponde al impulso que nos lleva a verter agua fresca sobre la planta que se desmaya de sed, acaso para participar en algo del imaginado goce de la planta al recibir el riego; esta idea, fué la causa de mi desgracia, de nuestra desgracia...

Pretendí alegrar esa vida melancólica: soñé, ¡loco de mí! hacer una criatura feliz de esa bella mujer triste; tuve la ilusión, la preciosa ilusión de que mi amor, como un rayo de sol en invierno, habría de disipar sus penas, sus amarguras...

VIII

Lo demás, déjame callarlo. Fuimos felices...

¿Cuánto tiempo? No sé, no sé. Aquellos días de felicidad están tan lejos, tan altos. ¡Parecen estrellitas miradas desde el fondo de un pozo!

Omnia transit. ¿No es ese tu lema?

Sí, todo pasa, ¡todo!

Pero a veces, en mis largas escapadas al país del ensueño, mientras los demás charlan y ríen a mi redor, la querida idea retoña en mi alma, crece, echa flores como antes:

—Pobre Irene... ¡Quién la hiciera feliz!
¡Lo merece tanto! ¡Tánto!

FIN

»» ESTE LIBRO HA SIDO
EDITADO POR LA "SOCIEDAD
EDITORIA HISPANO - AMERI-
CANA." LOS PEDIDOS DEBEN
HACERSE AL GERENTE DE
LA SOCIEDAD, VALPARAISO:
CASILLA 3334; O A LA
AGENCIA EN SANTIAGO,
CASILLA 1476. »»»